

Festivales  de verano

CRÍTICA DE LÍRICA Y DANZA

Un espectáculo de perfil



JORDI RIBOT

Sara Baras y Josep Carreras durante su actuación en el Festival de Cap Roig

SARA BARAS - JOSEP CARRERAS

Intérpretes: Sara Baras, Josep Carreras, Lorenzo Bavaj (pianista), Antonio Suárez, Miguel de la Tolea, José M. Bandera, Mario Montoya, Amador Pablo (músicos); A. Fernández, C. Gómez, M. Vega, A. González, C. Pedraja, R. Prieto, R. Fernández, D. Saltares, J. Galán, D. Martín (cuerpo de baile)
Lugar y fecha: Festival Jardins de Cap Roig (19/VIII/2006)

JOAQUIM NOGUERO

Dar el perfil impone, vende la impresión de un punto de elegancia, da para la foto, ofrece pose, incluso con ribetes aristocráticos, pero con la reducción de ofrecer nada más que uno de los lados posibles, con el

peligro de una bidimensionalidad plana, falta de volumen y de relieves, de esas gracias de la carne completa, puesta toda en el asador de la realidad. La gala Baras-Carreras fue una gala como de perfil. Y no ya desde el punto de vista de la lateralidad extrema con que tuvo a bien contemplarla la crítica al completo, puesto que no era éste un espectáculo concebido de forma radicalmente frontal, como unos días antes en el mismo festival si lo exigía el ballet de Roland Petit sobre música de Pink Floyd. En absoluto: la voz de Carreras y el arte de Baras se disfrutaban por igual desde cualquiera de los ángulos del espacio reservado al público.

Es éste un espectáculo de perfil, porque es una gala cuya dramaturgia y concepción artísticas arrancan y dependen por completo del perfil y la trayectoria conocidos de sus

El espectáculo sólo pareció realmente perfilado, a la medida de ambos, en las piezas de Lorca, auténtico eje de la noche

principales protagonistas, Sara Baras y Josep Carreras. Y nos llega como de perfil, porque no llega a producirse encuentro real entre ellos dos, porque sus cualidades parecen yuxtaponerse, siempre de lado, en lugar de complementarse y superponerse. Faltaron a la gala perspectiva y volúmenes, la textura carnosa del primer plano junto a los relieves y juegos de profundidad y de sombras de la profundidad de campo que tanto se agradece sobre un esce-

nario. Puede que la noche del sábado influyera el espacio escénico de los Jardins de Cap Roig, algo frío para los momentos en que Baras y Carreras se acercaban. Puede ciertamente que la representación ganara algo bajo techo y, sobre todo, con algo menos de escenario en liza. Pero es también una cuestión de química. La intensidad emocional entre ambas estrellas crecería en la misma medida en que se aislaran sus cuerpos, en la que se subrayara que la voz de Carreras llora las pérdidas que su cuerpo ya no es capaz de alcanzar, y así la concepción escénica fuera casi la de una mirada *voyeur* desde la ventana desde la que contemplara las lozanías de Baras, y menos la del galán maduro que saca pecho para cantarle al oído. Carreras gana, siempre ha ganado, en la debilidad, en unos matices que esta gala no le permitía, obligado al perfil, a la pose, a una cierta grandilocuencia de divo.

Baras, en cambio, encontró mucho mejor su lugar en el papel algo secundario de cuando se limitaba a ilustrar plásticamente, con los brazos y las manos, las melodías interpretadas por Carreras sin posibilidad del taconeo rítmico: si algo caracteriza a la bailaora y da medida no sólo de sus capacidades físicas sino también de su elegancia y sensibilidad son sus gracias de cintura para arriba, con los brazos, las manos, el manto. Su trabajo parecía el de un simple complemento ilustrativo, una traducción escénica de la inmaterialidad plástica de la voz, pero resultaba al fin más personal que el de Carreras en las mismas composiciones. Y cuando era a ella a quien le tocaba dar el do de pecho, con el taconeo, el suyo sigue siendo uno de los más limpios de toque y con más registros del momento. No se pasó en la exhibición, pero dio su medida y brilló, seductoramente coqueta, como probaron los aplausos.

Los aplausos los obligaron a varios bises: más que bises fue la propina de varios añadidos a lo ya ofrecido. La ovación fue cálida y se alargó con el público puesto en pie. Llegaba merecida en lo que tuvo de abrazo a los artistas. Pero más por el perfil, por el peso de sus nombres y trayectorias, que por su reacción química de esa noche y esta gala. Eran mucho perfil para un espectáculo que sólo pareció realmente perfilado, a la medida de ambos, en las piezas de Lorca: el auténtico eje de la noche y, quizá por su mayor riqueza rítmica, su exclusivo punto de encuentro.●